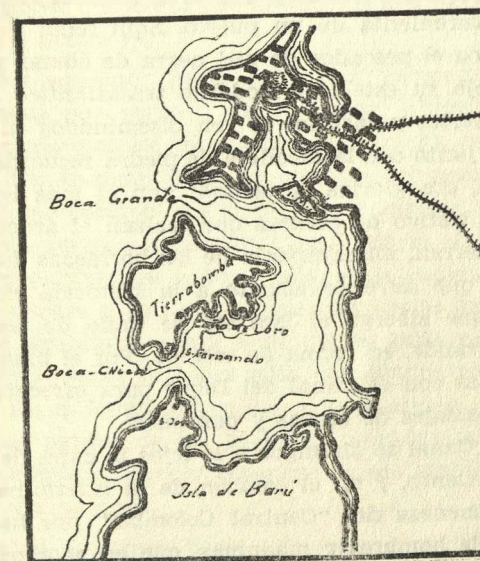


## Recorramos a Bolívar

Leyendo relatos, conferencias y aun libros, hemos llegado muchas veces a la triste conclusión de que sus autores, en el ánimo, muy laudable, de enseñarnos algo, se entregan a la difícil tarea de adivinar lo que posiblemente existe en determinadas regiones, cuya realidad desconocen, cuya existencia y posición han encontrado en algún mapa. Tales trabajos, que fuera de estar muy alejados de la realidad, quizá enfocan una región por el lado triste y lamentable nada más, queriendo imitar a aquellos turistas que llegan a nuestra patria ansiosos de tribus salvajes, de chozas lacustres y de sacrificios humanos, para impresionar sus fotografías y ser luégo héroes de leyenda a su regreso, sin que les interesen edificios como nuestro capitolio; avenidas como la de Caracas; obras de aliento como Bocas de Ceniza o empresas como El Central Colombia, no hacen favor al país y sí siembran en el ánimo del desprevenido lector un hondo escepticismo sobre la patria, porque, digámoslo, en honor a la verdad, nuestros anhelos no son otros que el de habitar un territorio que sea querido por su belleza y admirado por su fertilidad, y cuyas deficiencias sean conocidas con el laudable propósito de corregirlas. Seguros estamos que las intenciones de tales escritores encierran un fondo magnífico, ya que no alcanzamos a concebir que haya un colombiano que deliberadamente se proponga desacreditar cualquier región de nuestro territorio patrio; pero, dada la ignorancia que sobre la materia impera, hacemos firme propósito de aprovechar toda oportunidad, llamando a secundar nuestra resolución a todas las juventudes, para dar a conocer aquellas regiones que nos son caras por mil títulos y las que hemos recorrido desde nuestra primera infancia.

El fracaso que más ha llamado nuestra atención lo hemos encontrado casi siempre que se han hecho ensayos sobre las re-

giones naturales del departamento de Bolívar. En efecto, no pocos hablan de las "sabanas del valle del Sinú"; de los "ríos que atraviesan la Sabana Central"; de las "impenetrables selvas del río San Jorge". Y cuando entran a describir las costumbres de esos pueblos, parece que hicieran un extracto de las costumbres del Valle del Cauca, de los Llanos, o de las que imperan en la altiplanicie bogotana. El carácter del "vaquero" lo analizan por analogía con el del estudiante costeño. Recordamos a cierto cronista que en las manos callosas del campesino y del "vaquero" llegó a colocar guitarra, sin saber que dichas personas la confunden con el tiple y la bandola.



Cartagena de Indias

Así, pues, estampadas estas observaciones, haremos un relato breve sobre las regiones naturales del departamento de Bolívar, procurando dar a conocer la verdadera realidad, sin apasionamientos regionales, de los que tanto adolecemos los colombianos.

.....  
De una manera clara, nítida y definida se destacaron en Bolívar cuatro regiones naturales, que son: la región del Norte, par-

te de Tierradentro, comprendida entre el Canal del Dique, el océano Atlántico, el Río Magdalena y el departamento del Atlántico; el Valle del río Sinú, al SO. del departamento, situado entre las serranías de Abibe y San Jerónimo, y extendido hasta el mar por su parte norte; en la parte central, las llamadas Sabanas de Bolívar; completamente distinta a las anteriores tanto por su clima, que es más suave, como por su relieve. Por último, la hoya del río San Jorge en la parte SE., extendiéndose entre las serranías de Ayapel y San Jerónimo, y bañada por el río de su nombre.

**Región del Norte.**—En la costa recortada de la región norte se abre, a manera de fauces, la bahía de Cartagena; riegan sus aguas las piedras coloniales de la Heroica; en el interior de la ciudad se agita la vida turbulenta de un puerto. Aquí rema o despliega la vela de su canoa el pescador de piel negra de ébano, y allá, hacia los muelles, deja su estela el moderno trasatlántico colmado de turistas. Los fuertes y castillos se ven diseminados en lugares estratégicos, que junto con la escollera de piedra recuerdan, ora lejana dominación, ora glorias pretéritas; aun el más lejano rincón de la bahía es testigo de proezas que realzan el ardor hispánico. Tres islas la cierran, amparándola de las borrascas del Caribe: la de Cartagena, que sirve de asiento a la histórica ciudad; la de Tierrabomba, que alberga el lazareto de Caño de Loro, y la de Barú, la más grande, en forma de estrella. Por el brazo del estero enlaza sus aguas con el Canal del Dique para ofrecernos grandes ciénagas con paisajes de garzas y pantanos.

Al subir el Canal se distingue a lo lejos la caña de azúcar que ondula con el viento, y en el corazón de la interminable llanura las negras chimeneas del "Central Colombia" nos hacen pensar en el bullicio de hombres y máquinas, que en acompasado movimiento guían hacia un mismo fin.

A continuación vemos campos llenos de puntos movibles esparcidos en la lejanía; es el ganado que come la hierba verde y fresca. La visión nos hace evocar el vaho de los corrales, donde una raza todas las mañanas escucha al toro que muge y al ternero que brama buscando a la madre.

Y más allá, uno frente a otro, dos pueblos que marchan a través de los tiempos; la naturaleza los ha colocado juntos para consolarlos en su lucha contra los elementos que, año tras año, inundan sus campos, causando desolación, miseria y peste. Las aguas,

estancadas por mucho tiempo, van agotando, con pasos agigantados, las vidas de Arenal y Soplavientos.

A medida que se sube se van sucediendo paisajes de llanuras verdes con árboles aislados y casuchas que muestran las huellas de la arrasadora creciente. La frágil chalupa del pescador sigue y seguirá surcando las aguas amarillentas con el mismo ritmo monótono de su vida. En la bifurcación del Magdalena aparece Calamar con sus calles amplias y rectas. Allí dos razas continúan paralelas la ruta humana: una de piel bronceada gana el pan con sus brazos; otra blanca, descendiente de andaluces, ve indiferente, en perpetua inmutabilidad, las continuas fluctuaciones de esa caravana de viajeros que corta las arenas de sus calles sin que le interese saber a dónde va.

Mas, si nos volvemos hacia Arjona, el ferrocarril atraviesa campos tapizados por verde y suave hierba, alternados con sembraderas. El campesino de piel morena oscura ha hecho fecunda aquella tierra con su sudor para que germine próspero el maíz, extiende la yuca sus tubérculos y el plátano brinde al viento su racimo. El espíritu revive con afinidad profunda la alegría que embelesa la mano cultivadora y, como ella, ve la cadena de antepasados que, sonrientes y con el pensamiento vuelto hacia su prole, admiraban los sembrados acariciados por la brisa cuando el sol, desde el poniente, esparcía sobre ellos con blanca cancia sus últimos lampos. En el fondo oscuro del paisaje surgen entre los árboles los techos pajizos de las primeras moradas campesinas de Arjona, que silenciosas parecen escuchar el eco lejano de un pueblo que nace con pujanza.

Con rivalidad prosiguen hacia la misma meta: Cartagena, el antiguo camino férreo y la carretera de pavimento oscuro; se estrechan en lo alto de una serranía, que muere a la presencia del Caribe, en Turbaco. Este lugar viejo, de calles pedregosas, recuerda los feroces primitivos que detuvieron a Ojeda y acabaron con la vida de Juan de La Cosa. He aquí un pueblo alegre que alterna el duro trabajo en campos no muy fértiles, con la alegría del fandango y la "cumbiamba" y cuya filosofía se refleja en coplas y decires como éstos:

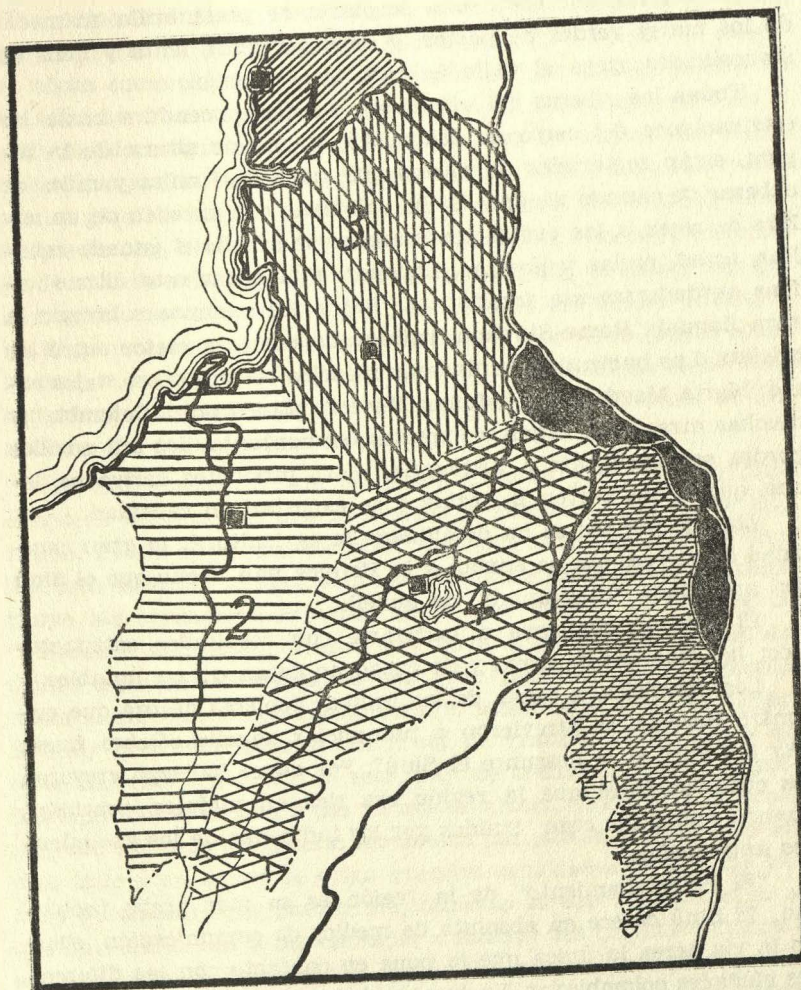


“Dicen que el ají picante  
pica más que la pimienta.  
Más pica la mala lengua  
que todo lo malo cuenta”.

“De arriba de aquel cerrito  
me tiraron un limón.  
El limón cayó en el suelo  
y el jugo en mi corazón”.

**El Valle del Sinú.**—La Cordillera Occidental, al salir del suelo antioqueño, forma el llamado Nudo de Paramillo, de donde arrancan tres serranías que van a internarse al Departamento vecino, a saber: la de Abibe, la de San Jerónimo y la de Ayapel. Todas ellas llegan a desaparecer en territorio bolivarense, ya por acercarse al mar, ya por perderse en los pantanos que se forman en la hoya del Magdalena.

Entre las dos primeras se encuentra el Valle del Sinú, atravesado de norte a sur por el río del mismo nombre. Nace éste, precisamente, en el cerro de Tres Morros, cercano del Paramillo. Recorre corta extensión de Antioquia para internarse luego en Bolívar por un curso torrencioso y lleno de rápidos que hacen imposible todo intento de navegación; sólo unas pocas piraguas de los Chocoes, residuos de indígenas sin importancia alguna, pueden navegarlo en ésta su primera parte. Antes de llegar a Tierra Alta, población que cada día asegura más su porvenir, y después de recibir el Manso, el Verde y el Esmeralda, su corriente se estabiliza, se hace apacible, comenzando ya a ser posible el tráfico en embarcaciones de pequeño calado. En las cercanías de Cereté su curso se divide en dos brazos que van a unirse de nuevo en las inmediaciones de Lorica. Llámense éstos el de Aguas Claras, verdadero cauce del río, y el de Aguas Prietas, que recoge las aguas de las ciénagas de Arache. Por fin va a verter su caudal a la bahía de Cispatá, por tres bocas diferentes. Suelen llenarse éstas de bancos de arena, lodo y residuos de maderas por lo que tienen que ser sometidas constantemente a la limpieza, para que puedan entrar al río las embarcaciones que hacen el recorrido desde Cartagena a los pueblos sinuanos. Aproximadamente alcanza una longitud de cuatrocientos sesenta kilómetros de recorrido.



1. Tierradentro. 2. El Sinú. 3. Las sabanas. 4. Ayapel.

Muchas razones hacen que el Valle del Sinú sea una de las regiones más ricas del país. La asombrosa fertilidad de su suelo ha desconcertado a los agrónomos del gobierno que atienden la Granja Ganadera de Montería. La abundancia de aguas, indispensables para todo centro ganadero, el trabajo de sus hombres y la belleza de su cielo, claro y azul, secundado por la blanca co-

riente del río, que como una serpiente de plata brilla en medio de los mares verdes de pastos, y cuya corriente lenta y llena de sinuosidades riega el valle en toda su extensión.

Todas las riberas del río, desde su desembocadura hasta las estribaciones del cerro de Murucucú, la mayor altura de la región, están sembrados de pastos que alimentan miles y miles de cabezas de ganado vacuno. Se ha calculado que exceden de un millón de reses, a las cuales tendríamos que añadir el ganado caballar, asnal, mular y porcino, llegando a alcanzar este último cifras verdaderamente fantásticas. Entre los vacunos sobresale la raza llamada Romo-Sinuana, catalogada como la mejor entre las criollas. Las haciendas, verdaderos modelos en su género, tales como 'Marta Magdalena', "Mundo Nuevo", "El Torno", "Colombia" y muchas otras más, llegan a exportar, en conjunto, dos mil novillos gordos semanalmente a Antioquia, y sus productos derivados, leche, queso, etc. surten la región y se exportan en cantidad.

Mas no por eso se ha descuidado la agricultura; la gran cantidad de víveres que se envían a la Heroica han hecho que el Sinú sea apellidado "El granero" de aquélla.

El algodón comienza a cultivarse con resultados satisfactorios; las cosechas de arroz y de cacao no dejan de ser notables.

Los españoles, a causa de las tumbas repletas de oro que encontró Heredia, se atrevieron a pronunciar aquella célebre frase: "Ay del Perú si se descubre el Sinú". Por aquel hallazgo creyeron los conquistadores que la región era rica en metales preciosos, cuando realmente eran traídos por los indígenas de los yacimientos antioqueños.

"El embotellamiento" de la región es su más grave problema. El Sinú carece en absoluto de medios de comunicación, siendo la vía aérea la única que la pone en contacto con las diferentes ciudades colombianas. La inseguridad del río urge la necesidad de carreteras, que sus habitantes reclaman a grandes voces; aquellos caminos, que Nieto Caballero llamó "Fantasías de Verano", desaparecen en invierno. Tal vez la creación del Departamento del Sinú, con capital Montería, su principal centro, subsane estas deficiencias.

---

**Las Sabanas de Bolívar.**—En esta región, situada en el centro del departamento a lo largo de los montes de María, es donde se

aglomeran las principales ciudades; se extiende hacia el Sur-Oste, como intentando llegar hacia el río San Jorge. Si se entra por el puerto de Tolú, fundado por Alonso de Heredia, se observa algún comercio, que decae día a día por las nuevas salidas de las sabanas. Su mar, bastante borrascoso, lo mismo que en todo el golfo de Morrosquillo, carece de abrigo para los barcos, los cuales tienen que anclar bastante retirados de la playa. Para poder atracar los grandes buques tuvo la antigua empresa del Packing-House, que en otro tiempo funcionó en Coveñas, que construir un muelle de más de seiscientos metros de largo, y que es usado hoy por la empresa que despacha el petróleo llegado del lejano Catatumbo. El panorama que presenta el golfo, con sus bellas playas adornadas por los gigantescos cocoteros que continuamente están abanicados por las suaves brisas marinas, y la misma forma de herradura que tiene, es hermoso.

De este punto se pasa en pocos minutos por una magnífica carretera a Sincelejo, que se considera como el corazón de esta región. Puede el viajero recorrer, uno tras otro, los pueblos vecinos, salir al Sinú o al Magdalena sin haber contemplado lo que constituye las verdaderas sabanas. Estas, que reciben el nombre de "Playones", comienzan a unos cincuenta o sesenta kilómetros del centro mencionado, formando una gran planicie, que se prolonga hasta el río San Jorge, rodeándolo, lo mismo que a sus ciénagas. Es muy raro el encontrar un árbol de grandes proporciones en estas llanuras; en lugar de esto, hay de trecho en trecho pequeños montículos, de uno a dos metros de altura, morada de los "comejenes". Y todo en general recubierto por pastos naturales de escaso talle y en donde se crían grandes cantidades de ganado vacuno y caballar, que pastan allí, durante la época de invierno, y que en verano van a las ciénagas a habitar las grandes extensiones que éstas dejan en dicha época. No todo el que quiera puede pastar sus ganados en los playones; como sucede en los llanos orientales, es necesario que el dueño posea un derecho o feudo, nóminas trasmisibles que datan desde la época colonial.

En el resto de las sabanas se encuentran a cada paso las estancias, con sus rústicas pailas destinadas a la producción de panela, elaboración que se hace con el rudimentario trapiche movido por los pacientes bueyes; los cultivos de arroz, en los que no faltan los "Pilonés", en los cuales una robusta campesina descas-

cara el grano; los de yuca, maíz, ñame, etc., seguidos por pequeñas secciones sembradas de hierba, donde, a la par que la vaca, pasta el tradicional asno, único vehículo de que dispone el campesino para su transporte y el de sus productos, medio de comunicación que no ha abandonado, más que todo por costumbre.

La colonización de las sabanas tomó impulso en el siglo XVIII, cuando aventureros, como Francisco de Sincelejo y Antonio de La Torre y Miranda, se dieron a la tarea de fundar pueblos y dirigir la explotación de los bosques.

Los centros urbanos que tenemos hoy día son en su mayoría ricos y de gran progreso, progreso que se ha desarrollado últimamente con la salida al Magdalena por magnífica carretera. En ellos viven los hombres más ricos del departamento, que tienen sus grandes capitales invertidos en la industria ganadera.

El clima de las Sabanas es cálido y muy seco. Las estaciones son muy marcadas y duran seis meses: el invierno hace casi intransitable todo el departamento, y el verano, a veces en extremo fuerte, obliga a aquellas gentes a hacer rogativas al Todopoderoso en demanda de lluvia para sus campos.

A medida que se comuniquen las Sabanas con Cartagena y Barranquilla, con todos los puertos del Magdalena y con el departamento de Antioquia, aumentará el ritmo de progreso, cuya aceleración se ha manifestado profundamente en estos últimos años.

**Región de Ayapel.**—La región de Ayapel, constituida casi en su totalidad por el municipio de Ayapel, limita al norte con las regiones cenagosas que se encuentran en las no definidas confluencias de los ríos Cauca y San Jorge. La ciudad fue fundada por indios, hacia 1534, fecha en que Ojeda visitó la región, y debe su nombre al cacique Yape, jefe de aquellas tribus. En aquella cultura los arqueólogos han encontrado gran cantidad de reliquias hechas de fino metal, pero que, después de descubiertas, en vez de quedarse en Colombia, como debiera ser, han emprendido el camino de Estados Unidos.

La extensión del municipio corresponde a la mitad del departamento de Cundinamarca, y se extiende a todo lo largo del río San Jorge. Tiene como corregimientos infinidad de caseríos fundados en general por la colonia libanesa: Monte-Líbano, Tierra-Santa, Palotal, Cintura, Marabú, Cecilia, etc.

Esta región tiene gran cantidad de analfabetas (cerca del 80% de la población), debido al aislamiento e incomunicación de los centros de Bolívar. Respecto a la raza, hay gran cantidad de residuos indígenas, que en la parte sur viven en estado primitivo. Los mulatos, como en todas las riberas de los ríos del departamento, alcanzan un número considerable, pero la raza blanca, siendo mayor a ésta en cantidad, está representada en gran parte por la colonia Sirio-Libanesa, a quienes la región del San Jorge debe su actual progreso. Para la sumisión de los residuos de raza indígena y su catequización, un núcleo ferviente de misioneros españoles, con centro en Ayapel, están consagrados exclusivamente a llevarlos hacia la luz de la civilización cristiana.

Pasemos a la constitución geográfica: presenta esta región caracteres bastante definidos que le dan un relieve característico. La cuenca del San Jorge, encajonada entre los muros naturales de las serranías de Ayapel y San Jerónimo; la Ciénaga de Ayapel, la más importante del departamento, tiene comunicación con los ríos San Jorge y Cauca. En un rincón de sus riberas planas, que se esfuman en la lejanía, se halla la población de que hacemos mención. Es la diversión del pueblo y el refugio de los "Bien aimées". Presenta una visión atrayente que hace vibrar nuestra sensibilidad y aumentar nuestra imaginación; es el instrumento del poeta y el cuadro del pintor. Por un caño desparrama sus aguas al San Jorge aumentando su vitalidad.

En cuanto a sus recursos naturales, ofrece pasto a una ganadería que no tiene por qué envidiar a ninguna otra región del país. Sus ganados surten los mercados de Antioquia, Caldas y otros departamentos, y son de las primeras razas criollas en importancia. Su desarrollo ofrece grandes perspectivas por la abundancia de pastos en magníficos potreros de considerable extensión. Produce una gran cantidad de panela, además, excelentes plantas alimenticias, como el cacao, el plátano, el maíz, el ñame, la yuca y el arroz. De este último su producción alcanza cifras fantásticas, de seis millones quinientos mil kilos aproximadamente. Aunque tiene grandes sabanas, la selva no por ello se esparce grandemente, y da en premio a sus moradores inmensa cantidad de maderas. En cuanto al reino mineral, es rica en minas de oro; en Uré, además, el petróleo fecunda su suelo.

El comercio consiste en la exportación de ganado, arroz, en cantidades sumamente apreciables, queso, maíz y toda clase de maderas. Importa artículos de primera necesidad, como telas, café, sal, ferretería, drogas, etc.

El único recurso como vía de comunicación es el río San Jorge, que se comunica con el Cauca, y éste a su vez, con el Magdalena. Un magnífico campo de aviación, que fue clasificado por un capitán de la Scadta, como el mejor de la república, debido a sus propiedades naturales, enlaza estos apartados lugares con los centros principales del país. Hemos de agregar que no es artificial, sino un regalo perfecto de la naturaleza; de manera que la aviación puede elegir ya el aterrizaje en aquellas sabanas, sumamente planas, y el acuatizaje en la prolongada ciénaga.

El departamento de Bolívar está racialmente caracterizado por el grupo étnico denominado de los Costeños, cuyas costumbres son unas mismas, en general. Esta raza es amiga de la fiesta; sus diversiones principales, los toros, las carreras de caballos, los gallos, etc. hacen de ella una de las más alegres del país. El campesino, fuerte en su trabajo, en los días de fiesta no repara en el sudor que ha derramado su frente, para derrochar alegremente sus escasas monedas, producto de largo tiempo de laboriosidad, ya sea destruyendo la selva con su propia mano para hacer la "roza", ya sea rasgando su piel en las zarzas y espinas tras el novillo, que fiero y espantado le causa amargas horas, en determinados casos, pero que en otros constituye parte de su atractivo para su genio alegre.

Este departamento, confiando tanto en el esfuerzo de sus habitantes como en el apoyo del gobierno central, espera ser algún día uno de los primeros de la república, como legítimamente le corresponde por su riqueza y posición geográfica.

Con los anteriores párrafos, ceñidos a la verdad e inspirados por el cariño, cerramos este trabajo, creyendo haber desvanecido informaciones dadas a la ligera, y contribuido al mejor conocimiento de uno de los departamentos más ricos y de mayor porvenir.

**Rodrigo Giraldo R., Jorge E. Arrázola M., César Guerrero F., Anuar Chejne F.,** alumnos de sexto año.

